

V

Un amigo mío de Granada me enseñó, ya hace años, unos versos que él creía compuestos allí expresamente para cantárselos, con música de *Los cuatro sacristanes*, á Juan de Dios de la Rada y Delgado, cuyos nombres y apellidos dan hecho, sin trabajo ninguno, el verso primero de la estrofa...

Despues he visto que los versos son de Salvador Granés, publicados en *Calabazas y Cabezas*.

Hélos aquí:

(MÚSICA DEL HIMNO DE RIEGO.)

Juan de Dios de la Rada y Delgado
Es un vate que vale por dos,
Que aunque dicen que fué laureado,
Ni es poeta ni está bien premiado,
Ni es delgado, ni rada, ni Dios.

La ocasion hace al ladron, y áun al académico; pero yo no sé cuál fué la ocasion que hizo al señor don Juan de Dios, etc., etc., académico de la Historia. Lo único que puedo

decir en materia de ocasiones, es que la ocasión de que yo haya recordado esos versos, producto del buen humor que habitualmente reina en la bella ciudad andaluza, es un artículo, ó cosa así, del señor don Juan de Dios de la Rada y Delgado, que encontré anteayer en un periódico de Valencia.

Digo, supongo que será de don Juan de Dios; que saber no lo sé de cierto. Porque el artículo no lleva más firma que «Rada y Delgado», así como si dijera TÁCITO, BISMARCK, NAPOLEON, ú otro nombre de esos que no hay dos en el mundo. Pero siendo el artículo de Rada y Delgado, supongo que será de don Juan de Dios, del académico de la Historia, entre otras razones porque ¿de quién había de ser, siendo tan malo como verán ustedes?

El título del artículo de don Juan de Dios de la Rada, y demas, aunque está escrito en un solo renglón por disimular, es un pareado de arte menor que dice:

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO
Y DE BEBER AL SEDIENTO

(Yo lo he puesto en dos líneas, porque aquí ya no tiene objeto el disimulo.)

Despues del título viene el tema, que es otro pareado, pero de arte mayor, construído por

una señora, que en gracia á su sexo, no quiero nombrar: á su sexo y principalmente á la calidad del pareado más prosáico y peor si cabe que el de la Rada, sobre todo si se tiene en cuenta que el de la señora no está hecho sin querer, como el de don Juan de Dios, y que dice:

«Parte tu pan con tu enemigo hambriento,
Y dale de beber, si está sediento.»

Naturalmente; que si no está sediento no tiene gracia el darle de beber.

Pero dejemos á un lado, al lado derecho que es donde se ponen los temas, el pareado de doña Pilar... El nombre no importa decirle, porque hay muchas Pilares en el mundo; el apellido no le diré... Dejemos á un lado el pareado de doña Pilar, que es de la escuela del difunto baron de Andilla, y entremos mar adentro.

Es decir, entremos en la rada:

«Acaba de tener lugar un sangriento combate entre las tropas francesas y los ejércitos españoles no muy lejos de un pintoresco pueblecito de Andalucía.»

Bien. Amarremos el bote á la boya del tener lugar para dar *idem* á que el señor don Juan de Dios, ó el Rada y Delgado que sea,

tenga la amabilidad de decirnos ¿por qué á los ejércitos franceses les llama *tropas*, y á las tropas españolas *ejércitos*?

Porque, á la verdad, no siendo que sea por afán de decir las cosas al revés, no se me alcanza razon alguna para llamar *tropas* á los ejércitos de Napoleon, cansados de pelear y de vencer en todo el mundo, y llamar *ejércitos* á las tropas de estudiantes y reclutas, que, sólo á fuerza de valor y de generosidad en dar su sangre, pudieron vencer á los aguerridos y disciplinados ejércitos franceses.

Conste que no hay otra razon para la diferencia que establece don Juan, sino la de decir las cosas al revés, la cual, dicho sea de paso, no deja de ser poderosa para cualquier académico, aunque sea de la Historia, y adelante:

«Los *pacíficos* habitantes de aquella *tranquila* aldea (á *epíteto por barba*) habían huído á las *montañas cercanas*, al aproximarse ambos ejércitos (aquí ya son también ejércitos los franceses: todo es empezar), y ya en las casas de campo, ya en chozas formadas de ramas de árboles...»

Muy bien dicho, y á tiempo; no fuera que algun canovista ó algun académico llegara á creer que las chozas estaban formadas con ramas de jamones, ó con ramas de mazapan de Toledo.

No. Era con ramas de árboles, ¿estamos?

«... con ramas de árboles, escuchaban el lejano ruido del combate...»

¿Pues no decía usted que habían huído á las *montañas cercanas*? ¿Cómo estando las *montañas cercanas* del combate, podía ser en ellas lejano el ruido del combate?...

¡Y luego dicen los granadinos que no es usted Dios, señor don Juan!... Pues por lo menos, ya hace usted cosas así como milagros.

Aunque no sea más que por escrito.

En fin, ya que usted quiere que el ruido sea lejano, que lo sea.

«... escuchaban el lejano ruido del combate implorando la proteccion del cielo para los desgraciados que morían.»

¡Hombre, no! La proteccion del Cielo la implorarían aquellos *pacíficos habitantes*, que de seguro tendrían más sentido comun que todos los académicos, la implorarían, digo, para los valientes que peleaban, para que no murieran ni fueran heridos, y no para todos en general, sino para los españoles contra los franceses. Pero para los *desgraciados que morían*, implorarían el perdon, no la proteccion, de la que no podían ya ser objeto despues de muertos.

Por donde verá el señor de la Rada y Delgado lo *ídem* que se debe hilar cuando se escribe, y los inconvenientes de escribir así *ad vultum tuum*, echándose las de filántropo y de moralizante.

«Rayaba el día siguiente...»

Tampoco se dice así. Se dice en términos generales, «al rayar el día», se puede decir, «apenas rayaba el día»; pero «rayaba el día siguiente» ya no está bien dicho. ¡Para que vea usted lo que es un adjetivo!

«Sentadas estaban delante de una de las pobres chozas que hemos mencionado (*si, las de ramas... de árboles*) dos preciosas niñas de ocho á nueve años, *elevando á Dios la oracion de la mañana...*»

Otra cosa inverosímil. La oracion de la mañana no la *elevan* las buenas niñas sentadas, sino de rodillas. Nada; que ó no estaban sentadas, ó no estaban *elevando* la oracion, como usted dice en culti-académico. Y lo que yo voy sacando en consecuencia es que usted no las vió, y escribe de memoria... O que se lo ha contado á usted algun frances, y le ha engañado á usted como á un chino.

«Sentadas estaban... etcétera, cuando vieron venir hacia ellas á dos soldados jadeantes *de fatiga...*»

(*ya se comprende que no sería de vigor, pero en fin...*) que apenas llegaron cerca de las niñas, cayeron desfallecidos.»

¡Tambien es casualidad!... Ni que hubieran sido relojes que no trajeran cuerda más que hasta allí... Pero pase.

«Las niñas, al verlos, huyeron (*no dice si á las montañas cercanas*); pero al volver el rostro y *encontrarlos* en tierra, dijo la mayor á su hermanita:»

(¡Qué monada!)

«—María, parece que no vienen á *hacernos daño*; por el contrario, creo que *quizás* necesiten nuestro socorro. ¿Quieres que nos acerquemos á ellos?»

¡Miren la marisabidilla de la muchacha! Si habla lo mismo que don Juan...

El cual no dice lo que contestó la *hermanita*, pero añade:

«En efecto, acercáronse á los soldados, que apenas podían *articular sonidos...*»

Hombre, no da usted pie con bola: los sonidos no se articulan; lo que se articula son las palabras. Un mudo no articula, y, sin embargo, produce ó emite sonidos. El mismo bramido del buey es un sonido, y un sonido inarticulado; pues aunque vulgarmente se dice

que «habló el buey y dijo *mu*», en realidad el buey no dice *mu* siquiera.

«...acercáronse á los soldados, que apenas podían *articular sonidos*, y con cariñoso acento les dijeron:

—¿Estáis heridos?

Los soldados levantaron la vista...»

(¿Los dos á un tiempo, como los prusianos de *La Diva*?)

«... y al mirar los angelicales rostros de las niñas cerca de ellos, una expresion de consuelo inefable pintóse en sus *tostados semblantes*.»

¡Vaya! Tampoco sabe usted lo que es semblante, ¡cómo ha de ser! paciencia... ¿Ha oído usted decir alguna vez: «¡Mira que te rompo el semblante!» Pues por aquí puede usted entender para otra vez, ya que para ésta no ha llegado á tiempo, que los semblantes no pueden ser *tostados*.

Siga usted:

«—No, *articularon*...»

Aquí puede pasar la *articulacion*, aunque un simple «no», es la menor cantidad de *articulacion* posible.

«—No, *articularon*, pero nos abrasa la sed.»

Las niñas, ligeras como palomas del valle, segun dice el cuento, se fueron á la choza y trajeron una *cantarita* de agua y una *cestita* de pan y frutas. Los soldados diz que bebieron con ansiedad y apagaron la sed, naturalmente; pero luego se les despertó el gusanillo. Tenían hambre. Lo cual explica el autor de esta manera:

«Desde las primeras horas del día anterior en que comenzó el combate, no habían comido, y el agua, estimulando su apetito, les producía *terribles dolores*...»

¡Hombre, hombre! ¿Tanto como *terribles dolores*?

Padecerían alguna gastralgia; porque de otra manera, el agua no suele producir dolores, ni *terribles*, ni siquiera académicos.

Pero de todos modos: «María previno su deseo.»

«—*Tomen ustedes*, dijo, amigos míos, *os traemos*...»

¡Hola, hola! Esto es lo mejor. Hasta ahora se había visto á los andaluces, por ejemplo, desconocer la lengua lo suficiente para decir *ustedes* á dos personas, sólo por ser dos, aunque, en singular, á cada una de ellas la llamen de *tú*. Pero esta mezcla de *tú* y de *usted* en una oracion misma, *tomen ustedes, os traemos*..., esto no se había visto.

Adelante.

«Los soldados miraron con asombro á las niñas...», etc.

—Pero, hijas más—dijo uno de ellos—y si os quedáis sin víveres, y vuestros padres os riñen?...»

¿Qué había de decir eso, hombre? A ningún soldado del mundo, y mucho menos si tiene hambre, y hambre que le produce terribles dolores, se le ocurre decir semejante cosa. Un soldado en esas condiciones, come lo que le ofrecen y lo agradece, pero no hace nunca esos aspavientos, ni se mete en averiguaciones de si los padres reñirán á las niñas; porque tampoco hay padres capaces de reñir á las niñas por eso.

Veamos lo que contesta la pobre criatura:

«—¡Ay! no señor; no pueden reñirnos, porque no los tenemos; somos huérfanas...»

¡Mentira!

No que fueran huérfanas, sino que la niña dijera eso. La niña huérfana al oír decir «te reñirán tus padres», dice sencillamente: No tengo padres; pero ese discreteo de «¡ay! no señor; no pueden reñirnos, porque no los tenemos», no lo ha dicho jamás ninguna niña.

Ni aquí, ni en Granada, ni en Constantinopla.

Después dice don Juan que un soldado le dijo al otro al ver la conducta de las niñas:

«¡Qué almas tan grandes, hermano mío!...»

Donde cualquiera encontraría más probable que le hubiera dicho Pedro ó Juan, ó como se llamara. Y no precisamente *¡qué almas tan grandes!* sino con más sencillez y naturalidad, *¡qué niñas tan buenas!* ó *¡qué buenas son estas niñas!*

Por último, después de contarnos el señor RADA Y DELGADO (sea don Juan de Dios ó el que fuere) que los soldados se marcharon

«Colmando de bendiciones
A las inocentes niñas»,

y luego éstas

«Se encontraron en la cesta
Un gran *bolsa* lleno de oro
Y un papelito con máximas
morales»

(de la propia cosecha de don Juan), y otras varias cosas igualmente inverosímiles, todas así en verso involuntario, nos dice que:

«Aquellos guerreros eran dos *hermanos* de una rica y noble casa.»

¡Como si las casas tuvieran hermanos!

Pues, señor, si se pudieran reformar libremente las letanías á cada paso, sería cosa de poner, junto á las deprecaciones nuevas de «*A peste fame et bello*» y «*A flagello terremotus*», estas otras novísimas: *Ab entusiasmis excessivis, liberanos, Domine. A versibus poetarum provincianorum, liberanos, Domine;* y algunas más así por este estilo.

Porque la verdad es que los poetas provincianos son muy poco menos terribles que los académicos.

Sugíereme estas reflexiones ó lo que sean, la granizada de disparates de distintos metros que ha caído una de estas noches sobre un pobre viejo, médico y moderado; y digno, ya que no por esta última cualidad, á lo menos por la de viejo, de mayores respetos y consideraciones.

¡Pero sí!... ¡váyanle ustedes á pedir respeto y consideracion á un *poeta*, por ejemplo, de San Sebastian, que es uno de los pueblos más prosáicos de la tierra;... á un *poeta*, re-

pito, porque de alguna manera hay que llamarle siquiera sea *poeta* con letra bastardilla, á quien se le amotina el númen al oír que se trata de hacer una ovacion al doctor Méndez Álvaro, y larga por el correo un soneto de esta figura!

«AL SABIO HIGIENISTA—DOCTOR MÉNDEZ ÁLVARO.»

El mismo metro de

«La niña morena
que yendo á la fuente, etc.»

¿Y de qué le ha servido, le ocurre preguntar á cualquiera, de qué le ha servido al doctor Méndez Álvaro dedicarse al estudio de la higiene hasta el punto de ser llamado sabio higienista, si no ha llegado á aprender la manera de preservarse contra los sonetos y demás versos pestilentes?

Porque es de saber que precisamente por causa de sus estudios higiénicos, unos cuantos amigos, y amigos de amigos, han querido obsequiar al referido profesor de Medicina, le han dado un banquete y le han dedicado al mismo tiempo un *Méndez-Álvaro* de papel satinado, una especie de *Paris-Murcia* literario-higiénico, en donde, al lado de modestas y expresivas felicitaciones en prosa, campean, digá-

moslo así, *composiciones* poéticas como el soneto cuyo título queda expresado.

Y cuyos cuartetos se expresan así:

«¡Oh mundo desigual!...»

¡Buen principio!

Mas verán ustedes por qué dice el... poeta que es desigual el mundo.

«¡Oh mundo desigual! Con inclemencia...»

Circunstancia agravante: desigual, y con inclemencia.

«¡Oh mundo desigual! Con inclemencia,
Y por manos del tiempo...»

¿Por manos ó por pies? Porque si se trata de *El Tiempo* que fué de Toreno, de Jove y Hévia, y últimamente de Pepe Cárdenas, mejor dicho estaría por pies que por manos. Y si se trata de otro tiempo, lo mismo.

«¡Oh mundo desigual! Con inclemencia,
Y por manos del tiempo, *en cruel olvido*,
Quieres lanzar al hombre enaltecido
Por el soplo divino de la ciencia...»

(*¡Ave María, cuánta incongruencia,
Y al mismo tiempo, cuán poco sentido!*)

No; les advierto á ustedes que el soneto no sigue así... porque sigue mucho peor todavía.

«¡Oh mundo desigual! Con inclemencia,
Y por manos del tiempo, en cruel olvido,
Quieres lanzar al hombre enaltecido
Por el soplo divino de la ciencia.

Cesa una vez más en tu fatal demencia...»

Usted es el que ha de cesar en ese verso que va siendo demasiado largo. ¿O se proponía usted hacerle de modo que llegara desde San Sebastian á Madrid? Pues creo que poco le falta.

Conque, cese usted una vez más, por de pronto, en ese verso; y aunque cese usted también *una vez más en su fatal demencia* de escribir versos, tampoco perderemos nada.

«Cesa una vez más en tu fatal demencia
En que torpe ignorancia te ha sumido...»

Eso, eso le digo yo á usted, si no lo toma á mal.

«Y admira el genio del que siempre ha sido
Galaráon de saber y de experiencia.»

De donde, entre otras cosas, se deduce que el *poeta* no sabe lo que es *galardon*.

Adelante:

«Anciano venerable va triunfante
ante!
Ciñendo mil coronas en su frente
rente!

¡Fecundo númen! Morirá, y *no obstante*
(Eso es, *no obstante*,
Continúa el poeta tan campante.)
Le odia la parca fiera, porque siente...

Con que «morirá, y no obstante» lo poético de la frase, «le odia la parca fiera...»

¡Cuidado que es... disparatar!

«Le odia la parca fiera, porque siente
Que su genio, en sus obras palpitante,
Ha de luchar con ella eternamente...»

¡Y la firma dice *Antonio de Santos!*

De diablos, que no de santos, debe ser el autor de semejantes diabluras literarias.

Pero no crean ustedes que acaban aquí los sufrimientos del doctor Méndez Alvaro, justo castigo á su pecado de moderantismo.

Y al de haber escrito versos malos en sus juventudes.

Ha tenido que sufrir, además, una *tirada* de quintillas que es capaz de tirar de espaldas á cualquier cristiano. Quintillas de carpintería, en las que no sólo no entró para nada la garlopa, pero ni siquiera la azuela; quintillas de *hacha*, que así se llama su autor, aunque sin hache.

Una de ellas es de este corte:

«Laboriosidad *pasmosa*
Fué tu enseña distintiva.
¡Qué *qualidad tan hermosa!*...»

Así es: ¡qué cualidad tan hermosa, cuando se emplea en hacer algo bueno! Pero cuando se emplea en escribir versos malos, ¡qué cualidad tan fea, y tan fastidiosa para los demás!

«¡Qué cualidad tan hermosa
Cuando un alma generosa
La *utiliza* y la *cultiva!*»

¡Y qué par de verbos más anti-poéticos! *Utilizar* y *cultivar*, verbos que le trasportan á uno insensiblemente á una casa de banca ó á un huerto de berzas.

Que es, sin duda, de donde arranca, ó donde corta sus inspiraciones el autor.

Quedábamos en aquello de

«¡Qué cualidad tan hermosa, etc.»

Y sigue:

«Si *constancia* la acompaña
Como la acompaña en tí,
Y la *tétrica* guadaña
Da larga tregua á su saña
Y destructor frenesí.»

¡Sí, sí!

«Si á tan excelente *base*
Agregas celo exquisito
Por tu patria y por tu *clase...*»

Me parece que todo esto es bastante poéti-

co... ¡Si parece escrito por el mismo Cañete en persona!

«... Por tu patria y por tu *clase...*
... Da paso libre á esta frase:
¡Méndez Alvaro bendito!!!»

Bendito, así, con tres admiraciones...

Ya si invocara á San Antonio bendito, se comprendería; porque nadie ignora las cosas de que es abogado San Antonio. Pero invocar en el caso presente al señor Méndez Alvaro, que es médico, me parece una extension de atribuciones, que ni él, de seguro, pretende, ni toleraría la Escuela nuevamente instalada enfrente de la Fábrica de Tabacos.

Y así, ó un tanto peores, son los demás *achazos*, ó dígase las demás estrofas del señor Acha, por lo cual hago á los lectores gracia de todas ellas, á excepcion de la última, que canta lo siguiente:

«A *dotes* de tal valía
Por tí *ejercidas sin tacha*,
Responde esta *muestra mía*
De adhesion y simpatía.
Tu afectísimos,

VÍCTOR ACHA.»

¡Aprieta!

A lo menos éste es un octosílabo que vale por dos. O por uno y medio.

¿Y no saben ustedes por qué se le ha escapado esa sílaba de más á don Víctor?

Pues porque don Víctor tambien escribe desde San Sebastian. Y los vascongados y navarros, que en lo general son buenos comedores, por comer se comen la segunda *i* de todos los superlativos, y pronuncian *muchismo*, *santísimo*, *afectísimo*, en lugar de *muchísimo*, *santísimo*, *afectísimo*.

Por eso este señor Acha se conoce que pronuncia *afectismo*, y dijo:

«Tu *afectismo*, Víctor Acha».

Pero los cajistas, que aunque no sepan mucha métrica, saben más gramática que los vascongados y navarros, pusieron *afectísimo*, y salió largo el verso.

Y allá va otro poeta minero, ó cosa así. Otro versificador que fecha en Linares, pueblo que tendrá muchas minas de muchas cosas, pero que no tiene á lo que parece ninguna mina de poesía.

Repito que allá va:

«Dichoso aquel que...»

sí, que tiene
su casa á flote... su casa á flote,
ó que fuma
cigarros puros... cigarros puros,
y en el bolsillo tiene
quinze mil auros..., etc.»

Dichoso, porque puede gastarse aunque sea la tercera parte en impedir que le desgarren los oídos los *poetas* de Linares, ó de San Sebastian, ó de la Academia.

«Dichoso aquel que, como vos, ya tiene
Su corona *gloriosa* entretejida,
Compartiendo los trances de la vida
Con la ciencia, periódico y *la Higiene*.»

¡Ajajá! Así me gusta á mí. Sobre todo *la Higiene*. ¡Qué *Higiene* y qué verso!

«Con la ciencia, periódico y *la Higiene*...»

¡Retebien! Si *la Higiene* tuviera movimiento y acción, se escapaba del verso y rompía el periódico en presencia del autor, para que no la volviera á poner en ridículo.

¡Y para que se vea la injusticia humana! El autor, que como queda dicho, es de Linares, se llama Juan de Padilla, y aún vive. Por menos degollaron á su tocayo.

Desde Sevilla, para que vea el señor Cañete cómo se va extendiendo su opinion de que estos artículos, aparte de la irreverencia, no tienen maldita la gracia; desde Sevilla me ha enviado un distinguido compañero en la prensa nuevos y muy apreciables materiales para esta obra de saneamiento literario, instándome en la regocijada esquila con que acompaña el dón, que Dios le premie, á que continúe desmenuzando poesías de baratillo, y tras de la série de *ripios académicos*, entremezcle si me parece bien, para mayor variedad, otra que pudiera llamarse de *ripios provincianos*.

El título no carece de gracia; pero su autor me permitirá que no le emplee porque, á mi entender, carece de justicia.

El genio, es decir, el mal genio de la vanidad rimadora y de la pedantería consonante, florece, digámoslo así, en todas las latitudes, se da en todos los climas, lo mismo en las frías playas de San Sebastian, donde fecha sus versos octosílabos el «*afectísimo Víctor Acha*»,

que en los abrigados naranjales andaluces, donde apatusca sus sonetos el señor Valdelomar y Fábregues, ó que en el tráfigo ruidoso de la corte, donde meditan y perpetran toda clase de delitos métricos los duques, y los Canos, y los marqueses, y los Cánovas, y los Cañetes, y los condes, y los Catalinas.

Aparte de que en las provincias tambien hay buenos escritores, y una prueba, por no citar otras, es el sevillano autor del envío de que antes hice referencia, que consiste en el número 3 de una Revista aparentemente literaria que se llama *El Renacimiento* y que contiene:

1.º El rótulo en letras muy cursis, y muy difíciles de leer, sobre todo.

2.º Tres letras que dicen *año* y una I romana ó latina que dice *primero*; la fecha, pueblo, día, mes y año; la cifra *núm.*, que quiere decir número, y un 3 arábigo, para indicar que es el tercer brote.

3.º El nombre de un *director propietario*, los de dos colaboradores artísticos y los de dos *patrocinadores*.

4.º Una lista de más de cincuenta colaboradores de ambos sexos, unos de mérito y otros... de Molins, de los cuales, los de la primera clase, probablemente no escribirán nunca.

5.º A dos columnas, una caricatura y el sumario.

6.º No el marques de Alcañices, sino una *sinfonía* firmada por un mariscal, de donde se deduce lógicamente que si alguna vez *El Renacimiento* llega á tratar de *vicios redhibitorios* ó del *arte de herrar en frío*, firmará Verdi.

7.º Un atentado poético del conde de Chieste, imitando, por decir como él, al Petrarca, con el título de *Vida y elogio de Laura*, y con versos de este trapío:

«De mi edad el Abril era y del año...

«Yo te daré (me dijo) medicinas...»

8.º Unas *gotas de rocío* sin sal, condensadas por una señora doña Carolina, que no es Coronado, ni merece ser coronada literariamente.

9.º Unos versos del director á *María Pepa (sic)*, llanotes, pero malos.

10. Un soneto casi modelo... de malos sonetos, del que hablaré á ustedes cuando concluya el índice.

11. Unos versos sublimes, tan sublimes que hasta salvan el paso que, segun el comun decir, separa lo sublime de lo ridículo, firmados por Fernando de Gabriel á *solas* (como dice Cánovas por decir á *secas*), pero que son del mismo don Fernando de Gabriel y Ruiz de

Apodaca, que áun cuando ha suprimido aquí dos apellidos, no ha suprimido lo primero que debía suprimir, que eran los versos.

12. Otro soneto *A Ana*, tan falto de ley como casi todos los sonetos que corren en el comercio literario.

13. Una *Revista de Madrid* confeccionada con toda la falta de criterio que se necesita para elogiar *La Pasionaria* y llamar distinguido á Carulla, con la circunstancia agravante de que el autor, ignorando sin duda que su prosa estaba destinada á alojarse, pared en medio, junto á los versos del señor Gabriel, hace de persona y se ríe de «los versos de arte mayor que suele publicar *La Ilustracion Española y Americana*».

14. Un *mundo elegante*, imitacion de los que describe *Alma-viva*, que es lo último que puede imitar una persona.

15. Una cosa sobre *el cigarro*.

16. Una revista de teatros de *PP* (aunque no de doble *u*).

17. Cuatro epigramas sin pizca de cloruro de sodio.

18. Unas *postdatas*, la mejor de las cuales dice: «Llamamos la atencion de nuestros lectores acerca de la *magnífica* composicion del *eminente* señor conde de Cheste, que encontrarán al frente de este número.»

19. El pié de imprenta.

20. El retrato de un sietemesino, cuya sombra representa un burro.

21. Anuncios.—«*El Renacimiento, periódico literario ilustrado* (?): *se publica los martes*.» ¡Pues... claro! los martes... para confirmar en el vulgo ciertas supersticiones.

En suma: *El Renacimiento* literario de Sevilla, que viene á ser una *Ilustracion Española y Americana* en pequeño, es un verdadero *renacimiento* del mal gusto, igual que su contemporáneo el renacimiento político de los conservadores.

Y para que no se diga que asiento teoremas literarios y no los demuestro, ahí va, sin perjuicio de aprovechar otro día los versos del señor Cossío (con dos *eses*, pero sin ningun númen), á *María Pepa* y los del señor Gabriel á *Teodoro Guerrero* y los de Cheste á *Laura*, ahí va, como para hacer boca, el soneto á *Sevilla* del señor don Julio Valdelomar y Fábregues.

Atencion:

«Un cielo siempre azul; campos de flores;
Un sol de fuego entre *celajes grana...*»

¡Hombre! *Celajes grana?*....

En tono familiar y en el lenguaje de las *Revistas de modas*, que de todo tiene menos de

castellano, se sue e decir *adornos grana*, *terciopelo grana*, etc.; pero hablando formalmente, aunque sea en verso, hay que decir *de grana* ó *de color de grana*.

Lo demas, es lo mismo que si, en el caso de que usted fuera poeta, caso que no se da, pero en fin, es lo mismo que si, en el caso de que á usted se le pudiera llamar poeta, le llamaríamos á usted *poeta Sevilla* ó *poeta Córdoba*, en lugar de poeta de Sevilla ó poeta de Córdoba, ó de donde usted sea, que casi no lo sé á punto fijo.

¿Parécele á usted, señor don Julio, que esto se podría decir en serio?

Entre los muchos cantares populares que usted habrá oído, si es que no vive usted ya en el limbo por antipacion, ¿ha oído usted alguno que diga, por ejemplo, tienes *manos nieve*, ó *talle palma*, ó *mejillas rosa*, ó *frente jazmin*, ó *labios coral*, ó *cabellos oro*, ó cualquier otra cosa por el estilo?

No, seguramente; sino cabellos de oro, labios de coral, manos de nieve, talle de palma, etc., etcétera...

Mas dejemos esos celajes *grana* que no han de granar, y sigamos:

«Un cielo siempre azul; campos de flores;
Un sol de fuego entre celajes grana;
Patios, cancelas, luz, una ventana...»

¿Una nada más?

Dijera yo que cada casa podría tener un solo patio y una sola cancela; pero en materia de ventanas siempre había de tener más de una...

Es verdad que ya se me alcanza la razon que usted habrá tenido para poner ahí muchos patios, muchas cancelas y una ventana sola, razon poderosísima entre ustedes los malos poetas, que es la de decirlo todo al revés de como debe decirse.

En lo cual, en decir las cosas al revés, sin duda se les figura á ustedes que consiste la esencia de la poesía.

¡Mire usted que pintar los patios de Sevilla tuertos!

Porque tuerto, llamando ventanas á los ojos, se llama al que tiene una ventana sola.

Volvamos á los patios...

«Patios, cancelas, luz, una ventana
(Donde se asoma el que le da la gana)
Testigo de suspiros y de amores;
Mujeres de ojos negros *seductores*...»

Vamos, esto no me negará usted que es un ripio; *seductores*, para concertar con *amores* y con *flores*.

Mujeres de ojos negros *seductores*
De hermosura sin par, y *soberana*...»

Es decir, y ripio.

Porque también convendrá usted en que, si no fuera por aquella ventana de feliz memoria, no hubiera entrado en el verso esa *soberana*. Supérflua, como casi todas las de su clase.

«¡Sin par, y soberana!»

¿Me quiere usted hacer el favor de decir después del sin par, qué falta hacía aquí esa *soberanía* de la hermosura de los ojos?

La misma falta que la soberanía de don Antonio Cánovas.

Que es la que hacen los perros en misa. Y Pidal el mayor en Roma.

Vamos allá... No á Roma, sino al soneto comenzado:

«Mujeres de ojos negros *seductores*

(*Consonante de amores y de flores*)

De hermosura sin par, y *soberana*;

(*Consonante de grana y de ventana*)

Serenas brisas; plácida *mañana*;

(*Porque la tarde no termina en ANA*)

Naranjales do anidan ruiseñores.

(*Y mirlos y otros pájaros cantores.*)

«Ella guarda...»

Pero ¿quién es *ella*? Sepámoslo antes de pasar adelante.

Porque si el juez de la conseja lo preguntaba por costumbre en cualquier delito, aún en los más insignificantes, justo es que se haga la

misma pregunta en el esclarecimiento del crimen literario de usted, que no es leve.

Conque ¿quién es ella? ¿La *ventana*?... ¿la *lux*?... ¿la *mañana*?... ¿alguna de las *brisas*?... ¿alguna de las varias *cancelas*?... Porque me parece que hasta ahora no han parecido otras hembras en el soneto.

«Ella guarda cual *mágico tesoro*...»

El *oro* y el *moro*, ¿no es verdad?... Del *moro* no lo aseguraré; pero lo que es el *oro*, de seguro que va á entrar en la combinacion de los tercetos. Porque si no, ¿á qué venía ese *mágico ripio* del *mágico tesoro*?

«Ella guarda...»

Y seguimos sin saber quién es *ella*.

«Ella guarda, cual *mágico tesoro*,

Un templo de las artes maravilla,

(*¡Calla!... sospecho si será Sevilla.*)

Palacios de marfil, nácar y oro;

Un manso Betis que á sus pies se humilla...»

¡Sí, menos cuando se encrespa! Y si no preguntéselo usted á don José Luis Albareda, que siendo ministro de Fomento tuvo que ir una vez á toda prisa á detener las aguas de ese *manso Betis*, como Josué las del Jordan.

Por lo cual hubo quien interpretó sus iniciales J. L. A., *Josué Liberal Acuático*.

Es verdad que *se encrespa* no concertaba con *maravilla* ni con *Sevilla...* y era menester decir que *se humilla*.

«Un manso Betis que á sus pies se humilla
Y la besa y deslízase *sonoro...*»

¿Sonoro?... ¡Cuidado que es gana de mentir!... ¡Ah, ya! Consonante habrá querido decir usted; porque de sonoro, cuando se humilla y cuando va manso, no tiene nada el río. ¡Si ni siquiera se le sientel... Pero á usted le hacía falta una palabra que concertara con *tesoro* y con *oro* y... ¡es claro!... *sonoro*.

Después de lo cual hay unos puntos suspensivos y otro verso, que no liga con los precedentes... más que en ser malo, el cual dice entre admiraciones:

«¡La patria del amor, ésta es Sevilla!»

¡Y éste es el soneto del señor Valdelomar y Fábregues, uno de los *primeros* poetas del *renacimiento!*

¿Qué tal serán los últimos?

VIII

Estaba esperando á que acabaran de aplaudir los periódicos liberales.

Cuando ya me parece que no queda ninguno de los órganos del *progreso* al natural ó con patatas, que no haya reproducido y aplaudido las gracias de don Leopoldo, voy yo allá también con mi aplauso, ó lo que resulte.

El caso es que el señor don Leopoldo Cano, que es de Valladolid, y naturalmente mal poeta, ó hablando con más propiedad, no es poeta ni bueno ni malo, se fué á Granada, no sé si porque antes había ido don José Zorrilla que, siendo excelente poeta, es también de Valladolid, por aquello que dijo el otro poeta, mi paisano el conde de Rebolledo, que

«Entre espinas
Suelen nacer rosas finas,
Y entre cardos lindas flores
Y en tiestos de labradores
Olorosas clavellinas.»

Nada tiene de particular que el señor Cano

fuera á Granada, donde va tanta gente. Si tenía gana de viajar, hizo bien.

En lo que no hizo bien fué en llevarse unos versos para improvisarlos desde allí en un álbum y en muchos periódicos.

En esto no hizo bien, porque nadie hace bien en hacer malos versos; y como malos, los versos de don Leopoldo son rematadamente malos.

¡Figúrense ustedes si serán malos de verdad, cuando han dado la vuelta á España corriendo por casi todos los periódicos de provincias; y hasta un infeliz *Diario* mandilífero que hay allá en Badajoz, tan ignorante que llama *interfecto* á un herido que está declarando en juicio oral, y llama *póstuma* á la última obra de un escritor que todavía vive, hasta aquel *Diario* ha reproducido los versos cubriéndolos de alabanzas!

Malos, muy malos... Pero lo mejor es que ustedes los vean.

Ahí tienen ustedes esa quintilla:

«EN EL ÁLBUM DEL PALACIO DE ALHAMA

»¡Pobre España!...»

Así es, ¡pobre España!... Verdaderamente no es rica... Y despues, gobernada, digámoslo así, por don Práxedes ó don Antonio, adminis-

trada por don Venancio ó por Cos-Gayon, y versificada por don Leopoldo... ¿qué más pobre ni más desdichada puede ser?

«¡Pobre España! ¡Qué tristeza
Da tu Alhambra granadina!...»

Eso no. ¿Tristeza, por qué?; ¿por qué ha de dar tristeza la Alhambra granadina, que es de suyo alegre, á más de estar en un país delicioso?

Tristeza se la dará al señor Cano, que dicen que está siempre triste y de mal humor por creer que el público aplaude más á Echegaray que á él; pero á los demas no.

Y por consiguiente, no debió decir en general «¡qué tristeza da!», sino «¡qué tristeza me da!»

Sigamos:

«¡Pobre España! ¡Qué tristeza
Da tu Alhambra granadina!
Por *fanatismo* y torpeza
¡Siempre la cruz en la ruina;
Siempre en ruinas tu grandeza!»

¿Y qué habrá querido decir con esto?

¿Habrá querido solamente hacer un contraste? Pues á fé que el contraste, por más que les haya parecido maravilloso y graciosísimo á todos los progresistas y masones provincianos, resulta muy pobre y muy cursi.

¿Ha querido decir que la cruz es la que arruina á España? Pues esto es una falsedad con sus ribetes de blasfemia.

Porque la verdad es que la cruz coronaba todas las grandezas de España; pero vino la barbarie liberal y echó abajo casi todo lo noble, lo grande y lo bello que había aquí, y por eso ahora está la cruz sobre la ruina y está en ruinas nuestra anterior grandeza.

¿Quiso el señor Cano decir esto?

Me parece que no, sino lo contrario. Porque ya de otras veces sé yo que don Leopoldo no llama fanatismo al verdadero fanatismo, á la barbarie progresista que echó á perder aquí todas las cosas buenas, sino á la religion, al espíritu religioso que engrandeció á España en mejores tiempos, y que es al fanatismo lo que la poesía á los versos de Cano; vamos, la antítesis.

Pero todavía no es la referida quintilla la más negra, con serlo tanto.

Más negro es un soneto que se titula: *Antes de ver la Alhambra*.

Verán ustedes lo que discurrió don Leopoldo:

«ANTES DE VER LA ALHAMBRA

»¡La Alhambra!... Ya lo sé. La maravilla
Que sentí, que adivino, que he soñado;
La que lloró un monarca afeminado,
La que cantó la musa de Zorrilla.»

¡Pobre Zorrilla, traído aquí nada más que á servir de consonante á la *maravilla* de más arriba, y hasta á una *pesadilla* que vendrá más abajo regularmente!

No más que á servir de consonante. Porque, como verán ustedes segun vayan leyendo, de estos cuatro versos, los tres, y las tres cuartas partes del otro, son puro ripio, que nada tiene que ver con el pensamiento capital del soneto, si es que en el soneto hay pensamiento alguno.

Adelante.

«¡La Alhambra!... La... que... La que...
Sobre el jardin, *cual grave pesadilla*.
(*Ya pareció otro ripio... ¿Habrá cuadrilla?*)
Contraste del morisco alicatado.
(*Pesadilla y contraste? ¡Buen guisado!*)
Una... como garita de soldado.
(*Uno... como soneto en calderilla.*)
Palacio de un verdugo de Castilla.»

¡Qué injusticia! en prosa sea dicho, porque hay cosas que no pueden decirse en verso, ni aún siendo tan malo como los de don Leopoldo.

¡Qué injusticia! ¡Mire usted que llamar verdugo de Castilla al Emperador Carlos V, que elevó á España á un estado de prosperidad y de gloria cual no le ha alcanzado jamas otra nacion alguna!

Después de esto no faltaba más que llamar á Becerra descubridor del Nuevo Mundo (1).
O paloma mensajera á Mansi (2).

Nada; que la ira es siempre muy mala consejera, y la rabia contra la Iglesia y contra la tradición sólo sirve para hacer la triste figura.

Pues verán ustedes los tercetos:

«Un himno á la molicie en piedra escrito;
Dos vanidades dentro de un contorno;
Dos desengaños dentro de un circuito...»
(Tiene ya la cabeza como un horno,
Y debe de tener el seso frito
Con el calor del ripio y del bochorno.)

¿Pero cuáles son las dos vanidades y los dos desengaños?

Pregúntenselo ustedes al autor, para que se lo diga en prosa, ya que en verso, por lo visto, no le cupo.

Pues del segundo terceto, que no es ese que yo puse entre paréntesis, sino otro bastante peor, tampoco se deduce.

Porque dice así:

«Arriba mucho cielo para adorno
De dos palacios que heredó un chorlito...
—¡Y la naturaleza ríe en torno!»

(1, 2) Becerra era á la sazón Ministro de Ultramar, y Mansi Director de Correos.

¡Pues claro que ríe, hombre! De los versos de usted.

¿Quién no se ha de reír de ese chorlito que heredó dos palacios?

Pero después de reír, ocurre preguntar:

¿A quién llamará chorlito don Leopoldo?

O en otros términos:

Chorlito = X.

Al que acierte á despejar la incógnita se le regala un ejemplar de *La Pasionaria* encuadernada en percalina verde, con cantos... rodados y cerrada de modo que no se pueda leer.

Para que resulte menos desagradable.

Todavía nos falta reconocer lo que improvisó el señor Cano *después de ver la Alhambra*, y vamos á verlo.

—Pero, ¡Dios mío!—dirá cualquiera de los lectores.—Si antes de verla ya le inspiró un soneto tan malo, el soneto aquel del *chorlito heredero*, ¡qué será después que la haya visto!...

Valor, y adelante.

«DESPUES DE VER LA ALHAMBRA

»Desterramos á los moros
Que hicieron estos palacios
Para aumentar los espacios
Donde hacer plazas de toros...»

¡Bueno!; lo primero que se nota aquí es la pena que siente el señor Cano porque desterramos á los moros.

Esta pena á los lectores les parecerá muy rara, pero es real y efectiva y tan intensa que impregna de moruna amargura toda la composición, llamémosla así.

De modo que se le ve á don Leopoldo la intención de volver á llamar á los moros; y si no fuera porque los pobres moros no están ahora en condiciones de meterse con nadie, no sería prudente hacer al señor Cano gobernador de ninguna de nuestras plazas fronterizas, no fuera que su nostalgia moruna lo llevara hasta el extremo de ejercer de don Julian y abrirles otra vez la puerta.

¡Miren ustedes que es capricho de hombre! ¡Ser de Valladolid y querer á los moros más que á los cristianos!

Verdad es que tambien los quiere mucho más que á la poesía.

A lo menos los trata mejor; y como quiera que obras son amores...

Pero volvamos á la redondilla.

Después de la pena porque desterramos á los moros, lo primero que se echa de ver en la primera redondilla del señor Cano... es lo de otras veces: vamos, la diferencia notable entre lo que quiere decir y lo que dice.

Porque lo que quiere decir don Leopoldo es que nosotros, los españoles, los cristianos, para tener más espacio donde hacer plazas de toros, desterramos á los moros que hicieron estos palacios, es decir, aquéllos.

Y en cambio, lo que don Leopoldo dice gramaticalmente es que los moros hicieron los palacios aquéllos para tener más espacio donde hacer plazas de toros.

Aparte de esto, la redondilla tampoco tiene sentido, ni entendiéndola gramaticalmente, ni entendiéndola al revés como el señor Cano quiere que se entienda.

Porque ni los moros pudieron hacer el palacio de la Alhambra para aumentar los espacios donde hacer plazas de toros, sino, si acaso, para disminuirlos, ni nosotros pudimos desterrar á los moros para aumentar el espacio, ó los espacios que dice el señor Cano por la fuerza del consonante, y que deben ser los espacios imaginarios; ni es cuerdo suponer que los moros nos estorbaran para hacer plazas de toros, cuando fueron precisamente nuestros maestros en el arte.

Fuera de estos defectos, la primera redondilla no tiene nada de particular.

Vamos á la segunda:

«Tras de gloriosas conquistas,
Celosos inquisidores
Tostaron agricultores
Y desterraron artistas...»

Esto, aparte de la gracia que tiene el *tostaron agricultores*, como si dijera tostaron castañas, tiene también la gracia de no ser verdad.

Porque los celosos ministros del Santo Oficio no se metieron con los agricultores, que siempre han sido gente buena y honrada y cristiana.

Lo que tostaron, ó lo que tostó el brazo secular, á quien el tribunal entregaba los reos de delitos contra la fé católica, lo que los inquisidores persiguieron fué judíos y herejes y todo género de danzantes, que en vez de trabajar en el cultivo de los campos, oficio siempre noble, vivían engañando á los labradores y chupándoles el sudor, y por añadidura tratando de pervertirlos.

Y en cuanto á lo de desterrar artistas, ¿qué habían de desterrar, hombre, qué habían de desterrar!

¿Han estado nunca las artes y la literatura más florecientes en España que en la época siguiente á la expulsión de los moros? ¿Desterraron los inquisidores á Murillo ó á Velázquez ó á Garcilaso ó á Calderon ó á Herrera ó á Tirso de Molina?

¡Vaya con el señor Cano!
Tercera redondilla:

«Y hoy á triste emigracion
Corre un pueblo peregrino,
Pensando por el camino
En la *santa* Inquisicion.»

Sí, ¿eh? ¡Quiá, hombre, quiá! Hoy corre á triste emigracion un pueblo peregrino, á quien ustedes los liberales, los enemigos de la Iglesia han empobrecido con tributos insostenibles y han quitado todo amparo y todo consuelo, destruyendo los conventos, en donde encontraba siempre limosna y refugio, y apoderándose injustamente de los bienes que la caridad cristiana había acumulado para socorro de los pobres, y repartiéndoselos más injustamente todavía entre los *patriotas* más osados...

Por eso va el pueblo peregrino á triste emigracion; y lejos de ir pensando en la Santa Inquisicion, que no ha conocido, va pensando en el desgobierno conservador ó fusionista, y en los desastres económicos de todos los liberales, que les han despojado de las tierras que labraban, y en las inmensas fortunas que muchos compañeros del señor Cano en el odio á la tradicion y á la fé católica, han acumulado por malos medios.

Verbigracia, robando en las aduanas de Cuba.

O enviando empleados que roben y entreguen parte de lo robado.

O haciendo contratas ruinosas y partiendo la ganancia ilícita con el contratista.

O concediendo subvenciones ó monopolios y partiendo el importe.

O haciéndose expropiar las fincas y cobrando por la octava parte de una, diez veces más del valor de toda ella.

O de otras mil maneras semejantes.

IX

Revisando una mañana el escaparate de la librería de Donato Guío por si descubría alguna novedad, me encontré con un libejo en 8.º, sobre cuyo forro se leía en grandes letras encarnadas: *Catalina de Siena y su tiempo*.

¡Catalina de Siena!

¿Pero dónde se habrá criado este muchacho —dije para mí, asentándoseme desde luego que el delincuente había de ser algun muchacho de esos precoces que, á imitación de fray Gerundio, dejan los estudios para echarse á escribir;—dónde se habrá criado este muchacho, que no ha leído un calendario nunca, ni un devocionario, ni ha oído hablar desde niño de Santa Catalina de *Sena*, ni de San Bernardino de *Sena*, ni ha asistido á las representaciones de la hermosa zarzuela titulada *San Franco de Sena*, ni vió esta obra jamas anunciada en los carteles, ni elogiada en los periódicos?

Ahora, si ha visto oído y leído todo esto, y